



su pureza proverbial, tan ponderada por los adversarios, ya había muchos abusos, porque también entonces pululaban de continuo sectas que protestaban contra sus dogmas, que sacudían su autoridad y se apellidaban la verdadera iglesia. Esto no tiene réplica; el caso es el mismo, y si se alegare la extensión que ha tenido el protestantismo y su propagación rápida, recordaré que esto se verificó también con respecto á otras sectas, reproduciré lo que decía San Jerónimo de los estragos del arrianismo. *Gimió el orbe entero, y asombróse de verse arriano.* Que si algo más se quisiera citar con respecto al protestantismo, bastante se lleva evidenciado que, lo que tiene de característico, todo lo debe, no á los abusos, sino á la época en que nació.

Lo dicho hasta aquí es bastante para que pueda formarse concepto de la influencia que los abusos pudieron ejercer; pero como este asunto ha dado tanto que hablar y prestado origen á muchas equivocaciones, será bien, antes de pasar más adelante, detenerse todavía más en esta importante materia, fijando en cuanto cabe las ideas, y separando lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo incierto. Que en los siglos medios se habían introducido abusos deplorables; que la corrupción de costumbres era mucha, y que por consiguiente era necesaria una reforma, es cierto, indudable. Por lo que toca á los siglos XI y XII, tenemos de esta triste verdad testigos tan intachables como San Pedro Damiano, San Gregorio VII y San Bernardo. Algunos siglos después, si bien se habían corregido mucho los abusos, todavía eran de consideración, bastando para convencernos de esta verdad los lamentos de los varones respetables que anhelaban por la reforma, distinguiéndose muy particularmente el cardenal Julian en las terribles palabras con que se dirigió al papa Eugenio IV, representándole los desórdenes del clero, principalmente del de Alemania. Confesada paladinamente la verdad, pues no creo que la causa del catolicismo necesite para su defensa del embozo y de la mentira, resolveré en pocas palabras algunas cuestiones importantes.

¿Quién tenía la culpa de que se hubiesen

introducido tamaños desórdenes? ¿Era la corte de Roma? ¿Eran los obispos? Creo que sólo se la debe achacar á la calamidad de los tiempos. Para un hombre sensato, bastará recordar que en Europa se habían consumado los hechos siguientes: la disolución del viejo y corrompido imperio romano; la irrupción é inundación de los bárbaros del Norte; la fluctuación y las guerras de éstos entre sí y con los demás pueblos por espacio de largos siglos; el establecimiento y el predominio del feudalismo, con todas sus turbulencias y desastres; la invasión de los sarracenos y su ocupación de una parte considerable de Europa. La ignorancia, la corrupción, la relajación de la disciplina, ¿no debían ser el resultado natural, necesario, de tanto trastorno? La sociedad eclesiástica, ¿podía menos de resentirse profundamente de esa disolución, de ese aniquilamiento de la sociedad civil? ¿Podía no participar de los males de ese horroroso caos en que se hallaba envuelta la Europa?

¿Faltó nunca en la Iglesia el espíritu, el deseo, el anhelo de la reforma de los abusos? Se puede demostrar que no. Pasaré por alto los santos varones que en todos aquellos calamitosos tiempos no dejó de abrigar en su seno; la historia nos los cuenta en número considerable, y de virtudes tan acendradas, que al paso que contrastaban con la corrupción que los rodeaba, mostraban que no se había apagado en el seno de la Iglesia católica el divino fuego de las lenguas del Cenáculo. Este solo hecho prueba ya mucho; pero prescindiré de él para llamar la atención sobre otro más notable, ménos sujeto á cuestiones, ménos tachable de exageración, y que no puede decirse limitado á este ó aquel individuo, sino que es la verdadera expresión del espíritu que animaba al cuerpo de la Iglesia. Hablo de la incesante reunión de concilios, en que se reprobaban y condenaban los abusos, y se inculcaba la santidad de costumbres y la observancia de la disciplina. Afortunadamente, este hecho consolador está fuera de toda duda; está patente á los ojos de todo el mundo, bastando para convencerse de él el haber abierto una vez siquiera algún libro de historia eclesiástica, ó alguna colección de



concilios. Es sobremanera digno este hecho de llamar la atención, y aún puede añadirse que quizá no se ha advertido toda la importancia que encierra. En efecto; si observamos las otras sociedades, repararemos que á medida que las ideas ó las costumbres cambian, van modificando rápidamente las leyes; y si éstas le son muy contrarias, en poco tiempo las hacen callar, las arrollan, las hechan por el suelo. Pero en la iglesia no sucedió así: la corrupción se había extendido por todas partes de una manera lamentable; los ministros de la religión se dejaban arrastrar de la corriente y se olvidaban de la santidad de su ministerio; pero el fuego santo ardía siempre en el santuario. Allí se proclamaba, se inculcaba sin cesar la ley; y aquellos mismos hombres que la quebrantaban, se reunían con frecuencia para condenarse á sí mismos, para afejar su propia conducta, haciendo de esta manera más sensible, más público el contraste entre su enseñanza y sus obras. La simonía y la incontinencia eran los dos vicios dominantes: pues bien; abrid las colecciones de los concilios, y por donde quiera los encontraréis anatematizados. Jamás se vió tan prolongada, tan constante, tan tenaz lucha del derecho contra el hecho; jamás como entonces se vió por espacio de largos siglos á la ley colocada cara á cara contra las pasiones desencadenadas, y mantenerse allí firme, inmóvil, sin dar un paso atrás, sin permitirles tregua ni descanso hasta haberlas sojuzgado.

Y no fué inútil esa constancia, esa santa tenacidad; y así es que á principios del siglo XVI, es decir, á la época del nacimiento del protestantismo, vemos que los abusos eran incomparablemente menores, que las costumbres se habían mejorado mucho, que la disciplina había adquirido vigor, y que se la observaba con bastante regularidad. El tiempo de las declamaciones de Lutero no era el tiempo calamitoso llorado por San Pedro Damiano y por San Bernardo: el caos se había desmenuado mucho; la luz, el orden y la regularidad se iban difundiendo rápidamente; y por prueba incontestable de que no yacía en tanta ignorancia y corrupción como se quería ponderar, podía la

Iglesia ofrecer una exquisita muestra de hombres tan distinguidos en santidad como brillaron en aquel mismo siglo, y tan eminentes en sabiduría como resplandecieron en el concilio de Trento. Es menester no olvidar la situación en que se había encontrado la Iglesia: es necesario no perder de vista que las grandes reformas exigen largo tiempo; que estas reformas encontraban resistencia en los eclesiásticos y en los seglares; y que por haberlas querido emprender con firmeza y constancia Gregorio VII, se ha llegado á tacharle de temerario. No juzguemos á los hombres fuera de su lugar y tiempo; no pretendamos que todo se ajuste á los mezquinos tipos que nos forjamos en nuestra imaginación; los siglos ruedan en una órbita inmensa, y la variedad de circunstancias produce situaciones tan extrañas y complicadas, que apenas alcanzamos á concebirlas.

Bossuet, en su *Historia de las variaciones*, después de haber hecho una clasificación del diferente espíritu que guiaba á los hombres que habían intentado una reforma antes del siglo XVI, y de citar las amenazadoras palabras del cardenal Julian, dice: «Así es como en el siglo XV, ese cardenal, el hombre más grande de su tiempo, deploraba los males previendo sus funestas consecuencias; de manera que parece haber pronosticado los que Lutero iba á causar á toda la cristiandad, empezando por la Alemania; y no se engañó al creer que el no haber cuidado de la reforma, y el aumento del odio contra el clero, iba á producir una secta más sublime para la iglesia que la de los bohemios.» De estas palabras se infiere que el ilustre obispo de Meaux encontraba una de las principales causas del protestantismo en no haberse hecho á tiempo la reforma legítima. No se crea por esto que Bossuet excusa en lo más mínimo á los corifeos del protestantismo, ni que trate de poner en salvo las intenciones de los novadores; antes al contrario, los coloca en la clase de los reformadores turbulentos, que lejos de favorecer la verdadera reforma deseada por los hombres sabios y prudentes, sólo servían para hacerla más difícil, introduciendo con sus malas doctrinas el espíritu de desobediencia, de cisma y de herejía.





A pesar de la autoridad de Bossuet, no puedo inclinarme á dar tanta importancia á los abusos, que los mire como una de las principales causas del protestantismo; y no es necesario repetir lo que en apoyo de mi opinion he dicho ántes. Pero no será fuera del caso advertir que mal pueden apoyarse en la autoridad de Bossuet los que intenten sincerar las intenciones de los primeros reformadores; pues que el ilustre prelado es el primero en suponerlos altamente culpables, y en reconocer que si bien existian los abusos, nunca tuvieron los novadores la intencion de corregirlos, ántes sí de valerse de este pretexto para apartarse de la fe de la iglesia, sustraerse al yugo de la legítima autoridad, quebrantar todos los lazos de la disciplina, é introducir de esta suerte el desorden y la licencia.

Y á la verdad, ¿como sería posible atribuir á los primeros reformadores el espíritu de una verdadera reforma, cuando casi todos cuidaron de desmentirlo con su vergonzosa conducta? Si al ménos se hubieran entregado á un riguroso ascetismo, si con la austeridad de sus costumbres hubiesen condenado la relajacion de que se lamentaban, entónces podríamos sospechar si sus mismos extravíos fueron efecto de un celo exagerado, si fueron arrebatados al mal por un exceso de amor al bien; pero ¿sucedió algo de semejante? Oigamos lo que dice sobre el particular un testigo de vista, un hombre que por cierto no puede ser tildado de fanático, un hombre que guardó con los primeros corifeos del protestantismo tantas consideraciones y miramientos, que no pocos los han calificado de culpables: es Erasmo, que hablando con su acostumbrada gracia y malignidad, dice así: «Segun parece, la reforma viene á parar á la secularizacion de algunos frailes y al casamiento de algunos sacerdotes; y esa gran tragedia se termina al fin por un suceso muy cómico, pues que todo se desenlaza, como en las comedias, por un casamiento.»

Esto manifiesta hasta la evidencia cuál era el verdadero espíritu de los novadores del siglo XVI, y que léjos de intentar la enmienda de los abusos, se proponian más bien agravarlos. En esta parte, la simple consideracion de los

hechos ha guiado á Mr. Guizot por el camino de la verdad, cuando no admite la opinion de aquellos que pretenden que «la reforma habia sido una tentativa concebida y ejecutada con el solo designio de reconstituir una iglesia pura, la iglesia primitiva; ni una simple mirada de mejora religiosa; ni el fruto de una utopia de humanidad y de verdad.» (*Historia general de la civilizacion europea*. Leccion 13.)

Tampoco será difícil ahora el apreciar en su justo valor el mérito de la explicacion que ha dado de este fenómeno el escritor que acabo de citar. «La reforma, dice M. Guizot, fué un esfuerzo extraordinario en nombre de la libertad, una insurreccion de la inteligencia humana.»

Este esfuerzo nació, segun el mismo autor, de la *vivisima actividad* que desplegaba el espíritu humano, y del estado de *inercia* en que habia caído la Iglesia romana; de que á la sazón caminaba el espíritu humano con fuerte é impetuoso movimiento, y la Iglesia se hallaba *estacionaria*. Esta es una de aquellas explicaciones que son muy á propósito para granjearse admiradores y prosélitos; porque colocados los pensamientos en terreno tan general y elevado, no pueden ser examinados de cerca por la mayor parte de los lectores, y presentados con el velo de una imágen brillante, deslumbran los ojos y preocupan el juicio.

Como lo que coarta la libertad de pensar, tal como la entiende aquí M. Guizot, y como la entienden los protestantes, es la *autoridad* en materias de fe, infiérese que el levantamiento de la inteligencia debió ser seguramente contra esa *autoridad*; es decir, que aconteció la sublevacion del entendimiento, porque él marchaba y la Iglesia no se movía de sus dogmas, ó por valerme de la expresion de Guizot, «la Iglesia se hallaba *estacionaria*.»

Sea cual fuere la disposicion de ánimo de M. Guizot con respecto á los dogmas de la Iglesia católica, al ménos como filósofo debió advertir que andaba muy desacertado en señalar como particular de una época, lo que para la Iglesia era un carácter de que ella se habia gloriado en otros tiempos. En efecto, van ya más de diez y ocho siglos que á la Iglesia se la puede llamar *estacionaria* en sus dogmas; y és-



ta es una prueba inequívoca de que ella sola está en posesion de la verdad; porque la verdad es *invariable* por ser *una*.

Si, pues, el levantamiento de la inteligencia se hizo por esta causa, nada tuvo la Iglesia en aquel siglo que no lo tuviera en todos los anteriores, y no lo haya conservado en los siguientes; nada hubo de particular, nada de característico, nada, por consiguiente, se ha adelantado en la explicacion de las causas del fenómeno; y si por esta razon la compara M. Guizot á los gobiernos *viejos*, ésta es una *vejez* que la tuvo la Iglesia desde su cuna. Como si M. Guizot hubiese sentido él propio la flaqueza de sus ratiocinios, presenta los pensamientos en grupo, en tropel; hace desfilar á los ojos del lector diferentes órdenes de ideas, sin cuidar de clasificaciones, ni deslindes, para que la variedad distraiga y la mezcla confunda. En efecto, á juzgar por el contexto de su discurso, no parece que entienda aplicar á la Iglesia los epítetos de *inerte* ni *estacionaria* con respecto á los dogmas, sino que más bien se deja conjeturar que trata de referirlo á pretensiones bajo el aspecto político y económico; pues por lo que toca á la *tiranía é intolerancia* que han achacado algunos á la córte de Roma, lo rechaza M. Guizot como una calumnia.

Supuesto que en esta parte presenta una incoherencia de ideas que parece no debíamos esperar de su claro entendimiento, incoherencia que á muchos se les haría recio de creer, me es indispensable copiar literalmente sus propias palabras, y en ellas aprenderemos que nada más incoherente que los grandes talentos, una vez colocados en una posicion falsa.

«Había caído la Iglesia, dice M. Guizot, en un estado de inercia, se hallaba estacionaria; el crédito político de la córte de Roma se habia disminuido mucho; la direccion de la sociedad europea ya no le pertenecía, puesto que habia pasado al gobierno civil. Con todo, tenia el poder espiritual las mismas pretensiones que ántes, conservaba aún toda su pompa, toda su importancia exterior; sucediale lo que ha acontecido más de una vez á los gobiernos viejos, y que han perdido su influencia; se dirigian de continuo quejas contra ella, y la mayor parte

eran fundadas.» ¿Cómo es posible que M. Guizot no advirtiese que nada señalaba aquí que tuviese relacion con la libertad del pensamiento, nada que no fuera de un órden muy diferente? El haberse disminuido el influjo político de la córte de Roma, y el conservar aún ella sus pretensiones, el no pertenecerle ya la direccion de la sociedad europea, y el conservar ella su pompa é importancia exterior, ¿significa acaso otra cosa que las rivalidades que pudieron existir con respecto á asuntos políticos? ¿Y cómo pudo olvidar M. Guizot que poco ántes habia dicho que el señalar como causa del protestantismo la *rivalidad de los soberanos con el poder eclesiástico*, no le parecia *fundado*, ni muy *filosófico*, ni en correspondiente *proporcion con la extension é importancia de este suceso?*

Si algunos creyesen que aún cuando todo esto no tuviera relacion directa con la libertad del pensamiento, no obstante se provocó la sublevacion intelectual con la intolerancia que manifiesta á la sazón la córte de Roma: «No es verdad, les responderá M. Guizot, que en el siglo XVI la córte de Roma fuese muy tiránica; no es verdad que los abusos propiamente dichos fuesen entónces más numerosos y más graves de lo que hasta aquella época habian sido. *Al contrario, nunca quizás* el gobierno eclesiástico se habia mostrado más *condescendiente y tolerante*, más dispuesto á dejar marchar todas las cosas mientras no se cuestionase sobre su poder, mientras se le reconociesen, aún dejándolos sin ejercicio, los derechos que tenía, mientras se le asegurase la misma existencia, se le pagasen los mismos tributos. De este modo el gobierno eclesiástico hubiera dejado tranquilo al espíritu humano, si el espíritu humano hubiese querido hacer otro tanto con respecto á él.» Es decir, que no parece sino que M. Guizot se olvidó completamente de que asentaba todos esos antecedentes para manifestar que la reforma protestante habia sido un *grande esfuerzo en nombre de la libertad, un levantamiento de la inteligencia humana*, pues que nada nos alega, nada recuerda que se opusiese á esta libertad; y aún si algo pudiera provocar el *levantamiento*, como habria sido la





*intolerancia, la crueldad*, el no dejar tranquilo al espíritu humano, ya nos ha dicho M. Guizot que el gobierno eclesiástico en el siglo XVI no era tiránico, antes bien era *condescendiente, tolerante*, y que de su parte hubiera *dejado tranquilo al espíritu humano*.

A la vista de tales datos, es evidente que el *esfuerzo extraordinario en nombre de la libertad de pensar*, es en boca de M. Guizot una palabra vaga, indefinible; y al proferirla parece que se propuso cubrir con brillante velo la cuna del protestantismo, aún á expensas de la consecuencia en sus propias opiniones. Desechó las rivalidades políticas, y apela luego á ellas, no da importancia á la influencia de los abusos, no los juzga por verdadera causa, y se olvida que en la lección antecedente había sentado, que si se hubiera hecho á tiempo una reforma legal *tan oportuna y necesaria*, tal vez se hubiera evitado la revolución religiosa; traza un cuadro en que se propone presentar puntos de contraste con esta libertad, quiere alzarse á consideraciones generales, elevadas, que abarquen la posición y las relaciones de la inteligencia, y se detiene en *la pompa y aparato exterior*, recuerda las *rivalidades políticas*, y abatiendo su vuelo, hasta desciende al terreno de los *tributos*.

Esta incoherencia de ideas, esa debilidad de raciocinio, ese olvido de los propios asertos—sólo podrá aparecer extraño á quien esté más acostumbrado á admirar el vuelo de los grandes talentos que á estudiar la historia de sus aberraciones. Cabalmente M. Guizot se hallaba en tal posición, que es muy difícil no equivocarse y deslumbrarse; porque si es verdad que el caminar rastreramente sobre los hechos individuales trae el inconveniente de circunscribir la vista y de conducir al observador á la colección de una serie de hechos aislados más bien que á la formación de un cuerpo de ciencia, también es cierto que divagando el espíritu por un inmenso espacio donde haya de abarcar muchos y muy variados hechos en todos sus aspectos y relaciones, corre peligro de alucinarse á cada paso; también es cierto que la demasiada generalidad suele rayar en hipotética y fantástica; que no pocas veces, alzán-

dose con inmoderado vuelo el entendimiento para descubrir mejor el conjunto de los objetos, llega á no verlos como son en sí, quizás hasta los pierde enteramente de vista, y por eso es menester que los más elevados observadores recuerden con frecuencia el dicho de Bacon: *«no alas, sino plomo.»*

M. Guizot tenía demasiada imparcialidad para que no pudiese ménos de confesar la exageración con que habían sido abultados los abusos; además, tenía mucha filosofía para desconocer que no eran causa suficiente para producir un efecto tamaño, y hasta el sentimiento de su propia dignidad y decoro no le permitió mezclarse con esa turba bulliciosa y descomedida, que clama sin cesar contra la crueldad y la intolerancia, y así es que en esta parte hizo un esfuerzo para hacer justicia á la Iglesia romana. Pero desgraciadamente sus prevenciones contra la Iglesia no le permitieron ver las cosas como son en sí; columbró que el origen del protestantismo debía buscarse en el mismo espíritu humano; pero conocedor del siglo en que vivía, y sobre todo de la época en que hablaba, presintió que, para ser bien acogidos sus discursos, era menester lisonjear al auditorio apellidando *libertad*; templó con algunas palabras suaves la amargura de los cargos contra la Iglesia, mas procurando luego que todo lo bello, todo lo grande y generoso estuviera de parte del pensamiento engendradora de la reforma, y que recayesen sobre la Iglesia todas las sombras que habían de oscurecer el cuadro.

A no ser así, hubiera visto sin duda que, si bien la principal causa del protestantismo se halla en el espíritu humano, no era necesario recurrir á parangones injustos; no hubiera caído en la incoherencia que acabamos de ver, hubiera encontrado la raíz del hecho en el propio carácter del espíritu humano, y hubiera explicado su gravedad y trascendencia con sólo recordar la naturaleza, posición y circunstancias de las sociedades en cuyo centro apareció. Habría notado que no hubo allí un *esfuerzo extraordinario, sino una simple repetición de lo acontecido en cada siglo, un fenómeno común, que tomó un carácter especial á causa de la*



*particular disposición de la atmósfera que le rodeaba.*

Este modo de considerar el protestantismo como un hecho común, agrandado empero y extendido á causa de las circunstancias de la sociedad en que nació, me parece tan filosófico como poco reparado, y así presentaré otra proposición que nos suministrará juntamente razones y ejemplos. Tal es el estado de las sociedades modernas de tres siglos á esta parte, que todos los hechos que en ellas se verifican han de tomar un carácter de generalidad, y por tanto de gravedad, que los ha de distinguir de los mismos hechos, verificados empero en otras épocas en que era diferente el estado de las sociedades. Dando una ojeada á la historia antigua, observaremos que todos los hechos tenían cierto aislamiento, por el cual, ni eran tan provechosos cuando eran buenos, ni tan nocivos cuando eran malos. Cartago, Roma, Lacedemonia, Atenas y todos esos pueblos antiguos, más ó ménos adelantados en la carrera de la civilización, siguen cada cual su camino, pero siempre de una manera particular; las ideas, las costumbres, las formas políticas se sucedían unas á otras, pero no se descubre esa refluencia de las ideas de un pueblo sobre las ideas de otro pueblo, de las costumbres del uno sobre las costumbres del otro, ese espíritu propagador que tiende á confundirlos todos en un mismo centro; por manera que, excepto el caso de violenta conmixtion, se conoce muy bien que podrían los pueblos antiguos estar largo tiempo muy cercanos, conservando íntegramente cada uno sus propias fisonomías sin experimentar á causa del contacto considerables mudanzas.

Observad, empero, cuán de otra manera sucede en Europa: una revolución en un país afecta todos los otros; una idea salida de una escuela pone en agitación á los pueblos; y en alarma á los gobiernos; nada hay aislado; todo se generaliza, todo se propaga, tomando con la misma expansión una fuerza terrible. Hé aquí por qué no es posible estudiar la historia de un pueblo sin que se presenten en la escena todos los pueblos; no es posible estudiar la historia de una ciencia, de un arte, sin que se

compliquen desde luego cien relaciones con otros objetos que no son ni científicos ni artísticos, y es porque todos los pueblos se asimilan, todos los objetos se enlazan, todas las relaciones se abarcan y se cruzan; hé aquí por qué no hay un asunto en un país en que no tomen interés, y aún parte si es posible, todos los demas, y hé aquí por qué, concretándonos á la política, es y será siempre una idea sin aplicaciones la de *no intervención*, pues no se ha visto jamás que cada cual no procure intervenir en todos los negocios que le interesan.

Estos ejemplos, tomados de los órdenes políticos, literarios y artísticos, me parecen muy á propósito para dar á entender mi idea sobre lo que ha sucedido con respecto al orden religioso; y si bien despojan al protestantismo de ese manto filosófico con que se le ha querido cubrir aún en su cuna; si le quitan todo derecho á suponerse como un pensamiento que, lleno de prevision y de proyectos grandiosos, encerraba grandes destinos, tampoco rebajan en nada su gravedad y su extensión, en nada limitan el hecho, antes sí indican la verdadera causa de que se haya presentado con aspecto tan imponente.

Desde el punto de vista que acabo de señalar, todo se descubre en su verdadero tamaño: los hombres apenas figuran, casi desaparecen; los abusos se ofrecen como son, ocasiones y pretextos; los planes vastos, las ideas altas y generosas, los esfuerzos de independencia, se reducen á suposiciones arbitrarias; el cebo de las depredaciones, la ambición, las rivalidades de los soberanos, juegan como causas más ó ménos influyentes, pero siempre en un orden secundario; ninguna causa se excluye, sólo que se las coloca á todas en su lugar; no se permite la exageración en su influencia, y señalándose una principal, no deja de mirarse el hecho como de tal naturaleza, que en su nacimiento y desarrollo debieron de obrar un sinnúmero de agentes. Y cuando se llega á una cuestión capital en la materia, cuando se pregunta la causa del odio, de la exasperación que han manifestado los sectarios contra Roma, cuando se pregunta si esto no revela algunos grandes abusos de su parte, si no hace sospe-